

que hoy nos permite planificar, entonces mis preguntas fueron ¿Qué profesionales debemos formar y cómo debe ser el rol del docente en esa nueva perspectiva?

Cuando mencionamos el rol del docente no podemos dejar de vincular a la sociedad que nos rodea y no debemos solamente circunscribirlo al ámbito del entorno laboral, la empresa, ya que sería una respuesta pobre e ingenua. En nuestro país tenemos problemas que vemos a diario y otros que intuimos, tenemos problemas urgentes y otros importantes, tenemos altos índices de pobreza y desocupación, no existen las políticas a largo plazo en ninguna de las áreas, entre ellas las que debieran forjar un futuro que deje de ser azaroso, Comercio Exterior y Turismo, las que debieran posicionarnos en el mundo en un lugar más respetable, Política Internacional y en las áreas que contribuirían a mejorar la calidad de vida de los individuos como Salud, Educación y Trabajo. Hoy sólo se elaboran programas transitorios de “contención”.

Ante la ausencia de un Estado responsable, el rol de los docentes, de los médicos, de los empresarios y de las organizaciones como la Universidad cobra una importancia trascendente.

En lo que nos concierne, estoy convencida de que debemos formar individuos que empiecen a prescindir de un Estado, antiguamente paternalista y actualmente además ausente, porque para generar empleo se necesita crear nuevas empresas con nuevos empresarios que desarrollen actitudes particulares para analizar, innovar, imaginar, adaptarse a un mundo y a un país muy diferente, donde hay que descubrir las nuevas oportunidades, con conocimiento, confianza y seguridad en sí mismos, sin la ansiedad tan nuestra a la hora de esperar que la semilla se convierta en planta, que crezca, dé flores y frutos y se pueda convertir en árbol.

Este perfil de profesionales recién egresados generalmente surge de un trabajo arduo en el aula, a través de la elaboración de proyectos que ellos y sus docentes consideren exitosos además de realistas. Quienes no logremos presentarles un escenario idéntico a nuestra sociedad, nunca lograremos que vivan el mundo de una empresa que crece, que compite, que desarrolla nuevas ideas y que las lleva a la práctica, y difícilmente puedan medir la magnitud de sus ideas y cómo concretarlas, menos de sus propios emprendimientos.

Tenemos que formar profesionales emprendedores, con ideas que impulsen el desarrollo de su sector, de su localidad, y de todo el país. Debemos desterrar el pensamiento “facilista”, la actitud de empresarios “expertos en supervivencia”, en “achique”, en “cierre de empresas” que contribuyen con la involución, con la intromisión de otros países, con la importación de productos y servicios y con la negociación en condiciones desventajosas.

Nuestros profesionales tiene que egresar de la Universidad con un perfil de individuos imaginativos, tener avidez por crecer, ser audaces y que tengan claro que “nada importante y digno se logra sin sacrificio y objetivos de grandeza colectivos”. También debemos contribuir en que tengan sueños que indiquen un objetivo a donde llegar y cuál es el camino a recorrer. Esto lo podremos lograr solamente si nosotros, los docentes tomamos contacto con la realidad, cada uno desde su ámbito, y les definimos los sectores prioritarios con potencialidad de crecimiento, enseñándoles lo que significa “eficacia” y “eficiencia” ya que por un largo tiempo sólo vamos a disponer de recursos limitados, para lo cual van a

tener que tener objetivos claros y precisos. Esto requiere trabajar desde nuestros puestos docentes con capacidad, honestidad y conciencia para que los alumnos lo perciban como verdaderos valores, si por el contrario cada uno trata de salvar lo suyo, los alumnos no lo comprenderán como plan, ni como enseñanza, ni les permitiremos percibir su propio futuro. Sólo nos escucharán y seguramente lo convenceremos que nosotros, sus docentes también formamos parte del Estado.

¿Quién aprende? ¿Quién enseña? ¿Quién evalúa?

Geraldina Cruz

“La Educación Superior, tiene como finalidad proporcionar formación científica, profesional, humanística y técnica en el más alto nivel, contribuir a la preservación de la cultura nacional, promover la generación y desarrollo del conocimiento en todas sus formas y desarrollar las actitudes y valores que requiere la formación de personas responsables con conciencia ética y solidaria; reflexivas, críticas, capaces de mejorar la calidad de vida, consolidar el respeto al medio ambiente, a las instituciones y a la vigencia del orden democrático”. (Ley de Educación Superior N° 24.521 – 10/08/1995)

La enseñanza es un conjunto de acciones organizadas realizadas por el docente a fin de transmitir contenidos educativos, pero ésta no garantiza necesariamente el aprendizaje; asimismo en la práctica, el docente implementa un modelo teórico de educación y una idea propia de cómo se enseña y aprende, la definición de estos modelos posee connotaciones de diversos tipos, (éticos, culturales, etc....), que suponen la selección de determinados valores y herramientas que según las circunstancias mencionadas se consideran adecuados y susceptibles de ser enseñados. Lo cierto es que teoría y práctica no pueden disociarse, existe una relación necesaria entre estos dos cometidos que implican el hacer y el pensar, es decir una práctica reflexiva, pero... ¿qué ponemos en juego cuando aprendemos? ésta es una de las preguntas que deberíamos hacernos como estudiantes y luego como docentes, principalmente porque suponemos que lo aprendido nos producirá modificaciones, nos abrirá puertas laborales y nos hará sentir más seguros de nosotros mismos a nivel personal, intelectual y profesional.

Sin duda el termómetro por excelencia que usaremos a la hora de medir los conocimientos obtenidos y los resultados académicos será la evaluación, sin embargo una simple y parcial evaluación no parece ser directamente proporcional al proceso de enseñanza y mucho menos al aprendizaje, muchas veces ésta resulta arbitraria e insuficiente tanto para estudiantes como docentes, aunque no se discuta que es el método más efectivo para la acreditación de una asignatura en el currículum. Ahora bien, independientemente de la acreditación, la evaluación no parece “gozar” mayores significados, aunque como todos los conceptos, merece diferentes ópticas ya que la mencionada “acreditación” podría no ser el único beneficio que ésta conlleva; muchas veces los resultados del aprendizaje no son visibles y “medibles” a corto plazo, en este punto los métodos tradicionales de evaluación toman un papel preponderante, ya que tienden a calificar la eficacia en un determinado momento, el específico de la evaluación, dejando

de lado los logros obtenidos durante el proceso.

Desde una nueva óptica, sería interesante reflexionar acerca de la evaluación como un proceso más del aprendizaje y su sentido o razón de ser en el contexto de la educación universitaria, ya que el proceso de evaluación puede también ser mirado como un proceso de reflexión. Cuando nos detenemos a “evaluar” un nuevo concepto, una de las cosas más importantes que obtenemos es una modificación en los conocimientos existentes, un enriquecimiento promovido por el nuevo saber. Por ejemplo, cuando niños creemos que las plantas se alimentan simplemente de agua, cuando tomamos contacto con el conocimiento más complejo del proceso de la fotosíntesis dejamos atrás el conocimiento previo y entendemos que hay otros elementos que participan en el proceso. Al hacer la evaluación de la situación podemos incorporar el nuevo conocimiento y demostrarnos a nosotros mismos que lo obtuvimos, aportándonos la seguridad que necesitamos para seguir incorporando conocimiento, podemos decir que la evaluación forma parte del proceso de aprendizaje y no solo sirve para medirlo.

Ahora bien, si lo que nos proponemos es utilizar métodos de evaluación que sean independientes de la “acreditación”, deberemos encontrar el modo de implementarlos en el aula a través de una dinámica diferente a la de la simple clase expositiva. Generar en los estudiantes un concepto positivo de evaluación y auto-evaluación exige de ellos una responsabilidad adicional para con su propio aprendizaje, que requiere métodos sencillos que el docente puede aportar a través de la ejercitación. Por ejemplo, el uso de mapas conceptuales y guías de lectura son herramientas simples que el estudiante tiene a mano para realizar una evaluación de los conocimientos. Pero como para toda herramienta, deben aprenderse primero los rudimentos necesarios para su utilización.

Si bien una de las metas de la educación es formar mentes críticas, ya que la crítica permite el análisis, la toma de posturas y la transformación, la realidad educativa evidencia que la tarea que se encomienda a las Instituciones abarca un espectro tan amplio que muchas veces éstas no pueden cubrir. En el ámbito Universitario parece existir la idea de “cuanto más, mejor” y a veces se trabaja con anillados bibliográficos tan extensos que son imposibles de abarcar, principalmente para los estudiantes de los primeros años, tomando en cuenta el entorno socio-cultural imperante en el que la información nos llega a través de los medios de comunicación, la mayoría de las veces altamente procesada y nos deja pocas oportunidades para el desarrollo conceptual personal.

Si podemos acondicionar el entorno del aula para transformarlo en un espacio dinámico y expresivo, en el que el análisis de los conocimientos se efectúe en el tiempo y espacio propio de las clases y a través de la introducción paulatina de herramientas avanzadas, seguramente obtendremos de los estudiantes una mayor madurez a la hora de “acreditar” los conocimientos a través de la evaluación tradicional.

Este gran valor se obtiene separando la idea de “acreditación” de la de “evaluación”, la acreditación es un hecho circunstancial, un buen método de evaluación es mucho más que eso, es una herramienta que aportamos a los estudiantes para obtener significados, es lo que hará la diferencia en el ejercicio profesional de la especialidad elegida, ya que un profesional sin capacidad de evaluación de las situaciones y sin capacidad personal de auto-evaluación, no es muy significativo en el

ámbito laboral, independientemente del éxito obtenido con las acreditaciones.

Si logramos generar en los estudiantes estas inquietudes, no solo les aportaremos herramientas, sino que colaboraremos en abrir puertas para que experimenten la gran satisfacción del conocimiento adquirido, incorporándolo como propio, consumado, significativo.

Bibliografía

- Díaz Barriga, A. (1995) *Docente y programa*. Buenos Aires: Aique.
- Furlan, A. (1981) *Aportaciones a la didáctica de la educación superior*. México: Enepi UNAM.
- Hopenhayn, M y Ottone, M. (2000) *El gran eslabón*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Novak, Joseph (1998) *Conocimiento y aprendizaje*. Madrid: Alianza Editorial.

El diseño del currículum y el proceso de enseñanza - aprendizaje en la educación mediática

Sol Cuntin

El presente ensayo pretende indagar sobre el alcance de los estudios de los medios de comunicación en la universidad. Para ello se procederá a plantear una reflexión teórica sobre las relaciones existentes entre la educación mediática y el desarrollo social en la posmodernidad. A continuación, se efectuará un breve recorrido por algunas estrategias aplicables al proceso de enseñanza y aprendizaje sobre los medios de comunicación, tomando como ejemplo el análisis de textos filmicos.

La educación mediática y el lazo social

Jean François Lyotard formula que en la posmodernidad, lo esencial no es ya la transmisión del saber, sino la posesión de la información y el usufructo de la misma por parte de las sociedades (Lyotard, 1998). Ya en 1933, Walter Benjamín reflexionaba anticipatoriamente, acerca del efecto cultural de la mutación de la experiencia en el capitalismo tardío (Benjamín, 1989). Nostálgicamente, señalaba la pérdida de la transmisión del saber en la tradición narrativa y un viraje hacia una nueva forma de barbarie; término que sin embargo aparece imbuido de una connotación positiva. Recuérdese que el pensamiento de Benjamín respecto de lo moderno, se configura en la contradicción de una visión “romántica” respecto de la pérdida de la tradición y en la exaltación de los rasgos constitutivos de la modernidad. Esta concepción Benjaminiana de barbarie, no implica concebir a las sociedades modernas como ignorantes. Hastiados de información, lo han devorado todo y ello conlleva al rechazo deliberado de toda experiencia y a la legitimación del pensamiento de la modernidad, en la argumentación de que ello es intrínseco al ser moderno. Ahora bien, ¿Cuáles son los rasgos sintomáticos de la experiencia posmoderna, que puedan ser proyectados en el contexto aúlico?

En primera medida, cabe aclarar que la educación ya no puede ser pensada mediante el uso exclusivo de textos escritos, ni en el ámbito escolar ni en el ámbito universitario. Debido a la escisión de los límites entre cultura superior y cultura popular